EL BEATO JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER, PIONERO DE LA UNIDAD DE VIDA CRISTIANA

MANUEL BELDA

1. Introducción

El título de este breve estudio recoge unas palabras del Decreto pontificio sobre el ejercicio de las virtudes heroicas del Fundador del Opus Dei, donde se dice: «Ya desde el final de los años veinte de este siglo, el Siervo de Dios, como auténtico pionero de la solidísima *unidad de vida cristiana (arctissimae unitatis vitae christianae)*, llevó la plenitud de la contemplación a todos los caminos de la tierra y llamó a todos los fieles a participar en el dinamismo apostólico de la Iglesia, permaneciendo cada uno en el lugar y condición que ocupa en el mundo»[1].

Con estas palabras, el Decreto pone de relieve que en las primeras décadas del siglo XX, el tema de la unidad de vida no era un patrimonio adquirido en la teología católica, ni tampoco en la doctrina enseñada a través de los siglos por los maestros de la vida espiritual. Por ello se ha podido constatar con acierto que la expresión «unidad de vida» no se encuentra «en los tratados de Teología dogmática o moral, ni en los de ascética; tampoco se halla en los Diccionarios más importantes de teología y de espiritualidad»[2]. En efecto, esta expresión aparece por vez primera en la historia de la Iglesia en la predicación y los escritos del Beato Josemaría Escrivá, para denominar un concepto esencial de su mensaje espiritual desde que fundó el Opus Dei, el dos de octubre de 1928. En los textos del Beato Josemaría Escrivá llegados hasta nosotros, esta expresión aparece por primera vez en una anotación del 6 de febrero de 1931[3]. Y en otro texto, de enero de 1932, aparece ya bien delimitada la noción de unidad de vida: «En el Opus

1. *Decreto pontificio sobre el ejercicio de las virtudes heroicas del Siervo de Dios Josemaría Escrivá de Balaguer*, 9-IV-1990, en AAS 82 (1990) 1.451.
2. I. de Celaya, *Vocación cristiana y unidad de vida*, en AA.VV., *La misión del laico en la Iglesia y en el mundo*, Pamplona 1987, pp. 954s.
3. Cfr. A. de Fuenmayor-V. Gómez-Iglesias-J.L. Illanes, *El itinerario jurídico del Opus Dei. Historia y defensa de un carisma*, Pamplona 1989, p. 42.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

Dei es necesaria, para los hijos de Dios que Él ha llamado a su Obra, la unidad de vida. Una unidad de vida que tiene simultáneamente dos facetas: la interior, que nos hace contemplativos; y la apostólica, a través de nuestro trabajo profesional, que es visible y externa»[4]. Como se puede observar aquí, la noción de unidad de vida evoca originariamente la experiencia espiritual propia del Opus Dei, donde «la unidad de vida deriva (...) del saberse llamados por Dios precisamente en el mundo y a través del mundo, que se presenta así como realidad que forma parte de los planes divinos y que, en consecuencia, forma parte también de la vida espiritual del cristiano concreto, integrándose en unidad con las dimensiones teologales y apostólicas»[5].

A partir de las enseñanzas del Beato Josemaría Escrivá, esta expresión se ha difundido y ha sido recogida por el Magisterio de la Iglesia, en primer lugar por el Concilio Vaticano II, y después por la Exhortación apostólica post-sinodal *Christifideles laici*, de Juan Pablo II. En el último Concilio ecuménico, la expresión «unidad de vida» aparece principalmente en el contexto de la vida espiritual de los presbíteros, concretamente en el decreto *Presbyterorum ordinis*, donde se lee: «En cuanto a los presbíteros, envueltos y distraídos en las muchísimas obligaciones de su ministerio, no sin ansiedad buscan cómo reducir a *unidad su vida interior* con el tráfago de la acción externa. Esa *unidad de vida* no puede lograrla ni la mera ordenación exterior de las obras del ministerio, ni, por mucho que contribuya a fomentarla, la sola práctica de los ejercicios de piedad (...) Cristo obra por sus ministros y, por tanto, Él permanece siempre principio y fuente de la *unidad de vida* de ellos. De donde se sigue que los presbíteros conseguirán la *unidad de su vida* uniéndose a Cristo en el conocimiento de la voluntad del Padre (...) Para que puedan verificar también concretamente la *unidad de su vida*, consideren todas sus empresas, examinando cuál sea la voluntad de Dios (...) Obrando de esta manera, los presbíteros hallarán la *unidad de su propia vida* en la unidad misma de la misión de la Iglesia (...)»[6]. Como se puede comprobar, en un mismo párrafo se utiliza abundantemente la expresión «unidad de vida». No podemos detenernos ahora en el análisis de esta realidad a la luz del Decreto conciliar sobre el ministerio y vida de los presbíteros, porque excede la finalidad de nuestro estudio[7].

4. *Carta 9-I-1932*, citada en *ibid.*, p. 43, nota 32. No podemos detenernos ahora en el análisis de este texto, porque de la naturaleza de la unidad de vida nos ocuparemos en el siguiente apartado.

5. A. DE FUENMAYOR-V. GÓMEZ-IGLESIAS-J.L. ILLANES, *El itinerario jurídico del Opus Dei. Historia y defensa de un carisma*, cit., p. 43.

6. CONCILIO VATICANO II, Decr. *Presbyterorum ordinis*, 14. La cursiva es nuestra.

7. Remitimos a algunos estudios que tratan específicamente de esta cuestión: P. MOLINARI, *Unità e armonia della vita sacerdotale*, en AA.VV., *I sacerdoti nello spirito del Vaticano II*

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

Aunque en el Concilio Vaticano II la expresión «unidad de vida» no se aplica explícitamente a los fieles laicos, el contenido del concepto se refiere a ellos en algunos documentos, por ejemplo en *Lumen gentium*, cuando se trata de la participación de los laicos en el *munus propheticum* de Cristo: «Así los laicos quedan constituidos en poderosos pregoneros de la fe en las cosas que esperamos (cfr. Hb 11, 1) cuando, sin vacilación, unen a la vida según la fe la profesión de esa fe»[8]. Unidad, por tanto, entre fe y vida: éste es el contenido de la unidad de vida de los laicos, según *Lumen gentium*. Lo mismo enseña *Gaudium et spes* cuando afirma: «El divorcio entre la fe y la vida diaria de muchos debe ser considerado como uno de los más graves errores de nuestra época», añadiendo un poco más adelante: «Siguiendo el ejemplo de Cristo, quien ejerció el artesanado, alégrense los cristianos de poder ejercer todas sus actividades temporales haciendo una síntesis vital del esfuerzo humano, familiar, profesional, científico o técnico, con los valores religiosos, bajo cuya altísima jerarquía todo coopera a la gloria de Dios»[9]. Pero el lugar donde el Vaticano II aplica con más amplitud el concepto de unidad de vida a la espiritualidad de los fieles laicos es indudablemente el número cuatro del Decreto *Apostolicam actuositatem*, sobre el apostolado de estos fieles[10].

La expresión «unidad de vida» es puesta en relación por primera vez de modo explícito con la vida espiritual de los fieles laicos, en la Exhortación apostólica *Christifideles laici,* donde Juan Pablo II desarrolla ampliamente su contenido y pone de relieve su importancia para la santidad de estos fieles[11]. Basta una lectura cuidadosa de la Exhortación post-sinodal para darse cuenta de que este concepto aparece en numerosas ocasiones. En efecto, aunque no haya un apartado dedicado *ex professo* al tema, éste es mencionado repetidas veces en distintos contextos a lo largo del documento.

(A. FAVALE, dir.), Torino 1969, pp. 853-859; L.M. HERRÁN, *Unidad de vida sacerdotal*, en AA.VV., *Los presbíteros: ministerio y vida*, Madrid 1969, pp. 89-100; M. CAPRIOLI, *Unità e armonia della vita spirituale. In margine al n. 14 del «Presbyterorum Ordinis»*, en «Ephemerides Carmeliticae» 32 (1981/1) 91-123; L.F. MATEO-SECO, *La unidad de vida de los presbíteros*, en AA.VV., *Actas del Simposio sobre «Espiritualidad del Presbítero Diocesano Secular»,* 30.X-2.XI/1986, Madrid 1987, pp. 643-649; A. BOVONE, *La unidad de vida del sacerdote*, en AA.VV., *Santidad y espiritualidad de los presbíteros*, Madrid 1988, pp. 67-83.

8. CONCILIO VATICANO II, Const. dogm. *Lumen gentium*, 35.

9. ID., Const. past. *Gaudium et spes*, 43.

10. Ante la imposibilidad de desarrollar aquí esta idea, remitimos al siguiente estudio: A. FERNÁNDEZ, *Espiritualidad esencialmente secular. Comentario al número cuatro del decreto «Apostolicam Actuositatem»,* en AA.VV., *Vocación y misión del laico en la Iglesia y en el mundo*, Facultad de Teología del Norte de España, Burgos 1987, pp. 595-625.

11. Nos hemos ocupado de este tema en nuestro trabajo: *La nozione di «unità di vita» secondo l'Esortazione Apostolica «Christifideles laici»*, en «Annales Theologici» 3 (1989/2) 287-314.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

Una visión de conjunto de los textos nos muestra que hay dos grupos terminológicos para expresar el concepto: en el primero, se utiliza la locución «unidad de vida», mientras que en el segundo se habla de «síntesis vital», con un contenido semántico equivalente. Presentamos a continuación una rápida panorámica de los textos en cuestión.

La locución «unidad de vida» aparece literalmente en tres ocasiones. En la primera leemos: «La unidad de vida de los fieles laicos tiene una gran importancia (...)»[12]. En el contexto de la corresponsabilidad de los laicos en la Iglesia-Misión aparece nuevamente la expresión: «Los fieles laicos (...) están plenamente implicados en esta tarea de la Iglesia. En concreto, les corresponde testificar cómo la fe cristiana (...) constituye la única respuesta plenamente válida a los problemas y expectativas que la vida plantea a cada hombre y a cada sociedad. Esto será posible si los fieles laicos saben superar en ellos mismos la fractura entre el Evangelio y la vida, recomponiendo en su vida familiar cotidiana, en el trabajo y en la sociedad, esa *unidad de vida* que en el Evangelio encuentra inspiración y fuerza para realizarse en plenitud»[13].

Casi al final del documento —cuando se está tratando de la formación de los laicos— encontramos por tercera vez esta expresión: «El Concilio Vaticano II ha invitado a todos los fieles laicos a esta *unidad de vida*, denunciando con fuerza la gravedad de la fractura entre fe y vida, entre Evangelio y cultura (...)»[14].

En el segundo grupo terminológico no se utiliza la expresión «unidad de vida», sino una equivalente: «síntesis vital o de vida». Esta expresión es utilizada también tres veces en la Exhortación. Cuando Juan Pablo II explica cómo los fieles laicos podrán contribuir a que el hombre acoja a Jesucristo en el espacio de la propia humanidad, afirma: «La síntesis vital entre el Evangelio y los deberes cotidianos de la vida que los fieles laicos sabrán plasmar, será el más espléndido y convincente testimonio (...)»[15]. En el marco de la formación de los laicos, aparece nuevamente: «Dentro de esta síntesis de vida se sitúan los múltiples y coordinados aspectos de la *formación integral* de los fieles laicos»[16]. En el mismo contexto, encontramos por tercera vez la expresión: «Los fieles laicos, al madurar la síntesis orgánica de su vida (...) serán interiormente guiados y sostenidos por el Espíritu Santo (...)»[17].

12. Exhortación apostólica post-sinodal *Christifideles laici*, 30-XII-1988, 17/1 (de ahora en adelante utilizaremos la sigla CfL para designar este documento pontificio).
13. CfL 34/4. La cursiva es nuestra.
14. CfL 59/3. La cursiva figura en el documento.
15. CfL 34/7.
16. CfL 60/1.
17. CfL 60/6.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

En nuestro trabajo no aspiramos mínimamente a realizar un estudio completo sobre la noción de unidad de vida[18]. Nuestro objetivo es más modesto, ya que nos limitaremos a señalar algunos rasgos esenciales de esta noción según la doctrina espiritual del Beato Josemaría Escrivá y a realizar algunas comparaciones entre estas enseñanzas y las de la Exhortación apostólica *Christifideles laici*.

2. Naturaleza e importancia de la unidad de vida

El Beato Josemaría Escrivá atribuía una gran importancia a la unidad de vida porque la consideraba una condición esencial para alcanzar la santidad en medio del mundo: «No hay —no existe— una contraposición entre el ejercicio de nuestros deberes y derechos cívicos, y los religiosos; entre el empeño por construir y mejorar la ciudad temporal, y el convencimiento de que pasamos por este mundo como camino que nos lleva a la patria celeste. También aquí se manifiesta esa unidad de vida que —no me cansaré de repetirlo— es una condición esencial, para los que intentan santificarse en medio de las circunstancias ordinarias de su trabajo, de sus relaciones familiares y sociales»[19]. La importancia de esta noción es también indicada por *Christifideles laici* del modo siguiente: «La unidad de vida de los fieles laicos tiene una gran importancia. Ellos, en efecto, deben santificarse en la vida profesional y social ordinaria. Por tanto, para que puedan responder a su vocación, los fieles laicos deben considerar las actividades de la vida cotidiana como ocasión de unión con Dios y de cumplimiento de su voluntad, así como también de servicio a los demás hombres, llevándoles a la comunión con Dios en Cristo»[20]. Como se

18. Para un estudio más detallado, remitimos a la bibliografía existente sobre la cuestión: A. Aranda, *Perfiles teológicos de la espiritualidad del Opus Dei*, en «Scripta Theologica» 22 (1990/1) 89-111; I. de Celaya, *Unidad de vida y plenitud cristiana*, en AA.VV., *Mons. Josemaría Escrivá y el Opus Dei*, Pamplona ²1985, pp. 321-340; Idem, *Vocación cristiana y unidad de vida*, en AA.VV., *La misión del laico en la Iglesia y en el mundo*, Pamplona 1987, pp. 951-965; Mons. Julián Herranz, *Los laicos, testigos de Dios en el mundo*, en AA.VV., *Secularidad, laicado y teología de la Cruz*, Madrid 1987, pp. 23-55; J.L. Illanes, *Mundo y santidad*, Madrid 1984, pp. 80-90, 222-225; Idem, *La Iglesia en el mundo: la secularidad de los miembros del Opus Dei*, en P. Rodríguez-F. Ocáriz-J.L. Illanes, *El Opus Dei en la Iglesia*, Madrid 1993, pp. 230-236; P. Rodríguez, *Vocación. Trabajo. Contemplación*, Pamplona 1986, pp. 118-122 y 212-218; Id., *Vivir santamente la vida ordinaria. Consideraciones sobre la homilía pronunciada por el Beato Josemaría Escrivá de Balaguer en el campus de la Universidad de Navarra (8.X.1967)*, en «Scripta Theologica» 24 (1992/2) 397-418; G.B. Torelló, *La santità dei laici*, en AA.VV., *Chi sono i laici. Una teologia della secolarità*, Milano 1987, pp. 81-109; J.M. Yanguas, *Unità di vita e opzione fondamentale*, en «Annales Theologici» 9 (1995/2) 445-464.

19. Josemaría Escrivá, *Amigos de Dios*, Madrid ²³1997, n. 165.

20. CfL 17/1. Juan Pablo II recoge aquí textualmente la quinta de las *Propositiones* que le presentaron los Padres participantes en la VII Asamblea general ordinaria del Sínodo de los Obispos (Roma, 1 a 30-X-1987).

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

puede observar, la «gran importancia» atribuida aquí al concepto de unidad de vida es una consecuencia de que los fieles laicos tienen que alcanzar la santidad y ejercer el apostolado en medio de su vida cotidiana. Con las palabras que acabamos de leer: «Para que puedan responder a su vocación, los fieles laicos...», Juan Pablo II insiste en la importancia de la unidad de vida, al presentarla como una *condicio sine qua non* para que los laicos puedan ser fieles a su vocación y misión específicas. Así pues, vemos con claridad que tanto el Beato Josemaría Escrivá, como *Christifideles laici*, enseñan que la unidad de vida es una condición indispensable para que los fieles laicos puedan alcanzar la santidad y ejercer el apostolado en medio del mundo[21].

Para estudiar la naturaleza de la unidad de vida en las enseñanzas del Fundador del Opus Dei, presentamos en primer lugar dos textos suyos. El primero se remonta a 1934: «Unir el trabajo profesional con la lucha ascética y con la contemplación —cosa que puede parecer imposible, pero que es necesaria, para contribuir a reconciliar el mundo con Dios—, y convertir ese trabajo ordinario en instrumento de santificación personal y de apostolado. ¿No es éste un ideal noble y grande, por el que vale la pena dar la vida?»[22]. El segundo es de 1940: «Cumplir la voluntad de Dios en el trabajo, contemplar a Dios en el trabajo, trabajar por amor de Dios y al prójimo, convertir el trabajo en medio de apostolado, dar a lo humano valor divino; ésta es la unidad de vida sencilla y fuerte, que hemos de tener y enseñar»[23]. En estos dos textos, el Beato Josemaría Escrivá pone de relieve que el cristiano corriente ha de alcanzar la santidad «uniendo íntimamente las dos dimensiones centrales de la vida cristiana, es decir, la santidad y el apostolado, con la experiencia y las actividades seculares. Al hablar de la santidad de cara al cristiano corriente es, en efecto, necesario acentuar la posibilidad de unificar toda la existencia en referencia a Dios. Y esto no de forma genérica, sino específica. No puede haber, en efecto, santidad, en ningún caso, sin unidad de vida, es decir, sin

21. Juan Pablo II ha vuelto a insistir recientemente, en la importancia de esta noción, haciendo referencia, tanto a las enseñanzas del Fundador del Opus Dei como a *Christifideles laici*: «Mostrad con el esfuerzo cotidiano que el amor de Cristo puede informar toda la existencia, permitiendo alcanzar el ideal de aquella *unidad de vida* que, como he confirmado en la Exhortación apostólica post-sinodal *Christifideles laici*, es fundamental en el empeño de evangelización en la sociedad contemporánea (cfr. n. 17)» (JUAN PABLO II, *Discurso a los participantes en el Congreso promovido con ocasión del Centenario del nacimiento del Beato Josemaría Escrivá de Balaguer*, 12-I-2002, en «L'Osservatore Romano», 13-I-2002, p. 5).

22. *Instrucción*, 19-III-1934, n. 33, citada en A. DE FUENMAYOR-V. GÓMEZ-IGLESIAS-J.L. ILLANES, *El itinerario jurídico del Opus Dei. Historia y defensa de un carisma*, cit., p. 43, nota 33.

23. *Texto de 1940*, citado en P. RODRÍGUEZ, *Vocación. Trabajo. Contemplación*, Pamplona 1986, p. 212.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

considerar a Dios como lo que es: Aquél a quien toda nuestra vida ha de estar ordenada. Pero esa ordenación a Dios, esa unidad de vida, en el caso del cristiano corriente, reclama vivir de cara a Dios las múltiples ocupaciones seculares que constituyen el entramado de la existencia, desde las grandes tareas hasta los quehaceres ordinarios, las pequeñas cosas que jalonan cada jornada»[24].

Como vemos, el Fundador del Opus Dei enseña que hay que unir en síntesis vital las dimensiones activa y contemplativa de la vida cristiana en medio del mundo[25]. Es de sobra conocido que estas dos dimensiones han sido consideradas durante muchos siglos en la Historia de la espiritualidad como dos realidades contrapuestas, o al menos yuxtapuestas, y que algunos Padres de la Iglesia, escritores eclesiásticos antiguos, y autores espirituales posteriores han presentado a Marta como tipo de la vida activa y a María como modelo de la vida contemplativa[26]. El Beato Josemaría Escrivá enseña que el fiel laico debe superar en su vida la dicotomía entre acción y contemplación, uniendo las ocupaciones de Marta y María en una sola. Así lo leemos en un texto de 1965, donde exhortaba a los fieles del Opus Dei a realizar «en íntima unión, la parte de Marta y la de María, porque tan necesaria es una como otra, siendo la de Marta condición y medio para la de María»[27]. Vemos, pues, que para el Fundador del Opus Dei es posible unir las actitudes de Marta y María en una sola realidad, a la que denomina *unidad de vida*, y que se alcanza cuando se transforma el trabajo en oración, como escribe en *Surco*: «Trabajemos, y trabajemos mucho y bien, sin olvidar que nuestra mejor arma es la oración. Por eso, no me canso de repetir que hemos de ser almas contemplativas en medio del mundo, que procuran convertir su trabajo en oración»[28].

Lo que el Fundador del Opus Dei propone no es una mera compaginación, más o menos conseguida, entre ocupaciones temporales y vida teologal, entre trabajo y oración, sino la plena unión de ambas

24. J.L. ILLANES, *Laicado y sacerdocio*, Pamplona 2001, p. 190.

25. Ciertamente no es ésta la única faceta de la unidad de vida en las enseñanzas del Beato Josemaría Escrivá. Para un estudio completo del tema, véase I. DE CELAYA, *Unidad de vida y plenitud cristiana*, cit., especialmente las pp. 329-338, donde se analizan otros aspectos o manifestaciones de la unidad de vida cristiana.

26. Para estudiar esta cuestión, véase: D.A. CSÁNYI, *Optima pars. Die Auslegungsgeschichte von Lk 10, 38-42 bei den Kirchenvätern der ersten vier Jahrunderte*, en «Studia Monastica» 2 (1960) 5-78; G. CONSTABLE, *The interpretation of Mary and Martha*, en *Three Studies in Medieval Religious and Social Thought*, cap. I, Cambridge University Press, Cambridge 1995, pp. 1-141.

27. *Carta 29-VII-1965*, n. 23, citada en Mons. ÁLVARO DEL PORTILLO, *Meditación*, 20-VII-1986, en «Romana», Boletín de la Prelatura de la Santa Cruz y Opus Dei, 3 (1986/2) 270, n. 10.

28. *Surco*, Madrid [15]1997, n. 497.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

realidades, de tal forma que lleguen a identificarse. Así lo enseña en este texto: «Nuestra vida es trabajar y rezar, y al revés, rezar y trabajar. Porque llega un momento en que no se saben distinguir estos dos conceptos, esas dos palabras, contemplación y acción, que terminan por significar lo mismo en la mente y en la conciencia»[29]. Aquí se apunta la idea de que el trabajo santificado llega a ser oración, y oración contemplativa. Citaremos a continuación otras palabras suyas donde afirma más explícitamente esta idea: «Nosotros miramos al Cielo, aunque la tierra, salida de las manos de Dios es bonita y la amamos. No somos mundanos pero hemos de amar el mundo, queremos estar en él. Ni separamos tampoco la contemplación de la acción: contemplo porque trabajo; y trabajo porque contemplo. De este modo nuestra vida interior infunde así en nuestra tarea fuerzas nuevas: la hace más perfecta, más noble, más digna, más amable. No nos aleja de nuestras ocupaciones temporales, sino que nos lleva a vivirlas mejor»[30]. Así pues, cuando el trabajo se transforma en oración contemplativa, se supera la dicotomía entre acción y contemplación: «Es esa unidad la que lleva a que, siendo dos las manos, se unan en la oración y en el trabajo. Trabajo que, al ser Opus Dei, es también oración: por eso no podemos decir que un hombre que viva el espíritu del Opus Dei es activo o contemplativo; porque la acción es contemplación y la contemplación es acción, en unidad de vida»[31].

A la luz de cuanto llevamos visto hasta ahora, resulta claro que el concepto de unidad de vida no consiste en la realización del conocido lema benedictino, *ora et labora*, donde hay una sucesión temporal entre oración y trabajo: en un momento se reza (dimensión contemplativa de la existencia cristiana) y en otro distinto se trabaja (dimensión activa)[32]. Según el Fundador del Opus Dei, en la unidad de vida, el trabajo y la oración no son dos realidades diversas, ni se dan en momentos sucesivos, sino que llegan a constituir una sola realidad, una síntesis vital de trabajo y oración, que se experimenta en un mismo espacio de tiempo, como acabamos de leer: «La acción es contemplación y la contemplación es acción, en unidad de vida».

La unidad de vida tampoco consiste en la idea que anima la espiritualidad de la Orden de los Predicadores, sintetizada en la conocida fórmula de Santo Tomás de Aquino: *Contemplari et contemplata aliis*

29. *Carta 9-I-1932*, n. 14 §2.

30. AGP, P01, VII-1967, p. 9. Véase también el texto que ofrecemos más abajo, en la nota 38.

31. *Carta 31-V-1954*, n. 20 §4.

32. Para estudiar la espiritualidad benedictina, véase: G. TURBESSI, *Ascetismo e monachismo in san Benedetto*, Roma 1965; A. DE VOGÜÉ, *S. Benoît. Sa vie et sa Règle*, Bellefontaine 1981.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

tradere[33]. En este caso, la acción apostólica de los dominicos consiste en la predicación y enseñanza de la doctrina cristiana, es decir, en una actividad de tipo pastoral[34]. En las enseñanzas del Fundador del Opus Dei sobre la unidad de vida, la acción es intrínsecamente secular, y su actividad emblemática es el trabajo profesional en medio del mundo. Ciertamente, el Fundador del Opus Dei enseña con nitidez que el cristiano corriente ha de santificarse en todos los momentos de su vida ordinaria y no sólo cuando trabaja, ya que el trabajo por él presentado como medio de santificación no es el trabajo en un sentido genérico e impreciso, sino en el sentido concreto y específico de *trabajo profesional* es decir, aquél que «connota la vida ordinaria en su totalidad, vista a partir de uno de los factores o elementos que más honda y radicalmente contribuyen a estructurarla y dotarla de osamenta. Más aún, de un factor o elemento que, incidiendo fuertemente en la persona —el hombre crece y madura en el trabajo—, redunda a la vez en el configurarse y crecer de las sociedades. Santificar la vida ordinaria y santificar el trabajo —el trabajo profesional— son realidades solidarias entre sí, de manera que se reclaman la una a la otra. No cabe hablar de santificación del trabajo, sino en el interior de un proyecto de orientación de toda la vida vivida cara a Dios. Y no cabe pensar en una santificación de la vida ordinaria sin una real y efectiva santificación del trabajo profesional»[35].

Según el Beato Josemaría Escrivá, la dimensión activa de la vida cristiana en medio del mundo (representada emblemáticamente por el trabajo profesional) y la dimensión contemplativa (vida de oración, vida sacramental, etc.) han de integrarse en unidad dinámica, hasta constituir una sola realidad, que además es apostolado. De este modo, el apostolado del cristiano que vive en medio del mundo no constituye una realidad distinta de la acción y la contemplación, sino que se armoniza en síntesis vital con ellas. Así lo enseña el Fundador del Opus Dei en este texto: «No hay tarea humana que no sea santificable, motivo para la propia santificación y ocasión para colaborar con Dios en la santificación de los que nos rodean. La luz de los seguidores de Jesucristo no ha de estar en el fondo del valle, sino en la cumbre de la montaña, para que *vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en el cielo* (Mt 5, 16). Trabajar así es oración.

33. SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Summa Theologiae*, II-II, q. 188, a. 6.

34. Para mayor información sobre este tema, cfr. A. D'AMATO, *Domenicani*, en *Dizionario Enciclopedico di Spiritualità*, E. ANCILLI (dir.), vol. 1, Roma 1990, pp. 822-828.

35. J.L. ILLANES, *Trabajo, caridad y justicia,* en AA.VV., *Santidad y mundo. Estudios en torno a las enseñanzas del Beato Josemaría Escrivá*, M. BELDA, J. ESCUDERO, J.L. ILLANES, P. O'CALLAGHAN (eds.), Pamplona 1996, p. 219.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

Estudiar así es oración. Investigar así es oración. No salimos nunca de lo mismo: todo es oración, todo puede y debe llevarnos a Dios, alimentar ese trato continuo con Él, de la mañana a la noche. Todo trabajo honrado puede ser oración; y todo trabajo que es oración, es apostolado. De este modo el alma se enrecia en una unidad de vida sencilla y fuerte»[36].

La unidad de vida consiste, pues, en orientar hacia Dios todo lo que el cristiano es y hace en medio del mundo, finalizando toda su existencia en Dios como fin último. Se trata, en definitiva, de llevar a la práctica en la propia vida la exhortación de San Pablo: «Por tanto, ya comáis, ya bebáis o hagáis cualquier otra cosa, hacedlo todo para gloria de Dios»[37]. Recogemos un texto de 1945 donde el Beato Josemaría Escrivá expresa esta realidad: «Cuando respondemos generosamente a este espíritu, adquirimos una segunda naturaleza: sin darnos cuenta, estamos todo el día pendientes del Señor y nos sentimos impulsados a *meter* a Dios en todas las cosas, que, sin Él, nos resultan insípidas. Llega un momento, en el que nos es imposible distinguir dónde acaba la oración y dónde comienza el trabajo, porque nuestro trabajo es también oración, contemplación, vida mística verdadera de unión con Dios —sin rarezas—: endiosamiento»[38].

3. El fundamento cristológico de la unidad de vida

Uno de los fundamentos teológicos sobre los que se apoya el concepto de unidad de vida está constituido por la plena revelación del designio salvífico unitario de Dios que Jesucristo realiza mediante su Encarnación y su vivir terreno, es decir, de la perfecta armonía y continuidad entre Creación y Redención en la economía divina.

El Beato Josemaría Escrivá expresa así el fundamento cristológico de la unidad de vida: «No hay nada que pueda ser ajeno al afán de Cristo. Hablando con profundidad teológica, es decir, si no nos limitamos a una clasificación funcional; hablando con rigor, no se puede decir que haya realidades —buenas, nobles, y aun indiferentes— que sean exclusivamente profanas, una vez que el Verbo de Dios ha fijado su morada entre los hijos de los hombres, ha tenido hambre y sed, ha trabajado con sus manos, ha conocido la amistad y la obediencia, ha experimentado el dolor y la muerte. Porque en Cristo *plugo al Padre poner la plenitud de todo ser, y reconciliar por Él todas las cosas consigo,*

36. *Es Cristo que pasa*, Madrid [34]1997, n. 10.
37. 1 Cor 10, 31.
38. *Carta 6-V-1945*, n. 25 §2.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

restableciendo la paz entre el cielo y la tierra, por medio de la sangre que derramó en la Cruz (Col 1, 19-20)»[39]. Esto significa que Cristo asume todas las realidades humanas, menos el pecado, y con ello nos muestra que nada en su vida fue ajeno a su misión salvadora, que todos los aspectos de su existencia —por ejemplo, su vida familiar, su vida de trabajo, sus relaciones sociales, etc.— tienen un significado redentor. Dicho con otras palabras, al asumir la condición humana, con todas las circunstancias que la caracterizan, Cristo nos revela la existencia de una profunda unidad entre Creación y Redención en el designio salvífico divino, porque en este designio de salvación han sido incluidas todas las realidades humanas. Por este motivo, es decir, porque santificó toda la existencia humana, y nos enseñó a santificarla, sabemos que las actividades seculares pueden ser medios o instrumentos para que el cristiano que vive en medio del mundo pueda santificarse y ejercer el apostolado.

En *Christifideles laici*, Juan Pablo II explica el fundamento cristológico de la unidad de vida cuando afirma que la condición secular de los fieles laicos es un «lugar», pero no un lugar cualquiera, ya que se trata del «lugar en el que les es dirigida la llamada de Dios: "*Allí son llamados por Dios*" (LG 31). Se trata de un "lugar" que viene presentado en términos dinámicos: los fieles laicos "viven en el mundo, esto es, implicados en todas y cada una de la ocupaciones y trabajos del mundo y en las condiciones ordinarias de la vida familiar y social, con las que su existencia se encuentra como entretejida" (LG 31)»[40]. A continuación, el Papa realiza una interpretación teológica de dicho «lugar», señalando su fundamento cristológico: «El Concilio considera su condición (se refiere al carácter secular de los laicos) no como un dato exterior y ambiental, sino como una realidad destinada a obtener en Jesucristo la plenitud de su significado (LG 48). Es más, afirma que "el mismo Verbo encarnado quiso participar de la convivencia humana (...). Santificó los vínculos humanos, en primer lugar los familiares, donde tienen su origen las relaciones sociales, sometiéndose voluntariamente a las leyes de su patria. Quiso llevar la vida de un trabajador de su tiempo y de su región" (GS 32)»[41]. Por consiguiente, la índole secular de los fieles laicos es un lugar, pero un lugar que asume un significado especial, teológico, desde el preciso instante de la Encarnación del Verbo. Este lugar ha sido asumido por el Verbo Encarnado como cosa propia, de tal forma que todas las realidades humanas nobles y buenas interesan a Cristo, ya que en Él deben ser re-

39. *Es Cristo que pasa*, cit., 112.
40. CfL 15/7.
41. *Ibid.*

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

capituladas, como escribe san Pablo[42]. «De este modo —concluye Juan Pablo II—, *el "mundo" se convierte en el ámbito y el medio de la vocación cristiana de los fieles laicos*, porque él mismo está destinado a dar gloria a Dios Padre en Cristo»[43].

Más adelante, *Christifideles laici* afirma: «En el descubrir y en el vivir la propia vocación y misión, los fieles laicos han de ser formados para vivir aquella *unidad* con la que está marcado su mismo ser *de miembros de la Iglesia y de ciudadanos de la sociedad humana*»[44]. Se muestra aquí la unidad ontológica de la identidad cristiana del fiel laico, en la que se armonizan intrínsecamente la condición de ciudadano de la sociedad civil y de miembro del Pueblo de Dios. Esto se debe a la estrecha relación y la perfecta continuidad que se dan entre la condición humana y la cristiana, en el sentido de que la primera viene asumida y perfeccionada por la segunda, puesto que la gracia no destruye ni suplanta la naturaleza, sino que la presupone y perfecciona. Por consiguiente, el ser cristiano no ha de ser considerado como algo ajeno o yuxtapuesto al ser humano; antes bien hay que afirmar que la condición cristiana es una realidad incluso más radical que la condición humana, ya que ésta queda asumida y elevada por aquélla. En definitiva, la condición creatural humana encuentra su última finalidad, su sentido último y definitivo solamente a la luz de la novedad cristiana. Como se puede observar, *Christifideles laici* sostiene que el fundamento de la unidad de vida es el designio salvífico unitario de Dios, es decir, la perfecta armonía y continuidad entre Creación y Redención en la economía divina, designio que se nos ha revelado históricamente de modo pleno mediante la Encarnación del Verbo, como afirma a continuación la Exhortación post-sinodal: «En efecto, todos los distintos campos de la vida laical entran en el designio de Dios, que los quiere como el "lugar histórico" del revelarse y realizarse de la caridad de Jesucristo para gloria del Padre y servicio a los hermanos»[45]. Por este motivo, *Christifideles laici* continúa diciendo que todas las actividades seculares pueden ser ocasión de unión con Dios: «Toda actividad, toda situación, todo esfuerzo concreto —como por ejemplo, la competencia profesional y la solidaridad en el trabajo, el amor y la entrega a la familia y a la educación de los hijos, el servicio social y político, la propuesta de la verdad en el ámbito de la cultura— son ocasiones providenciales para un "continuo ejercicio de la fe, de la esperanza y de la caridad" (CONCILIO VATICANO II, Decr. *Apostolicam actuositatem*, 4)»[46].

42. Cfr. Ef 1, 10 y Col 1, 20.
43. CfL 15/ 8.
44. Cfl 59/1.
45. CfL 59/2.
46. *Ibid.*

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

Debido al fundamento cristológico de la unidad de vida, los errores sobre esta noción pueden compararse a los planteamientos teológicos erróneos sobre el misterio de la Encarnación que se han verificado a lo largo de la Historia. Por ejemplo, paralelamente al nestorianismo doctrinal, que afirma la existencia de dos personas en Cristo, unidas accidentalmente, se situaría el error que podríamos llamar «nestorianismo ascético o espiritual», consistente en la aparición de un grave dualismo en la existencia cristiana. Este error es señalado con gran claridad y energía por el Beato Josemaría Escrivá en su homilía *Amar al mundo apasionadamente* (8-X-1967): «Yo solía decir a aquellos universitarios y a aquellos obreros que venían junto a mí por los años treinta, que tenían que saber *materializar* la vida espiritual. Quería apartarlos así de la tentación, tan frecuente entonces y ahora, de llevar como una doble vida: la vida interior, la vida de relación con Dios, de una parte; y de otra, distinta y separada, la vida familiar, profesional y social, plena de pequeñas realidades terrenas. ¡Que no, hijos míos! Que no puede haber una doble vida, que no podemos ser como esquizofrénicos, si queremos ser cristianos: que hay una única vida, hecha de carne y espíritu, y ésa es la que tiene que ser —en el alma y en el cuerpo— santa y llena de Dios: a ese Dios invisible, lo encontramos en las cosas más visibles y materiales»[47]. Como vemos, el Fundador del Opus Dei, para diagnosticar este error, usa de modo metafórico el nombre de una grave enfermedad psíquica, donde se produce una disgregación de la personalidad humana: la esquizofrenia. Él enseña que en ausencia de la unidad de vida, se produce una especie de enfermedad espiritual que se podría llamar «esquizofrenia espiritual», donde se vive una doble vida, con dos grandes compartimentos estancos: por un lado la vida de relación con Dios, y por otro la vida ordinaria, constituida por las múltiples actividades seculares que desarrolla un cristiano en medio del mundo.

En *Christifideles laici* encontramos una idea muy parecida a la que acabamos de exponer. En efecto, en el contexto de la formación de los fieles laicos, la Exhortación post-sinodal enseña: «En su existencia [de los fieles laicos] no puede haber dos vidas paralelas: por una parte, la denominada vida "espiritual", con sus valores y exigencias; y por otra, la denominada vida "secular", es decir, la vida de familia, del trabajo, de las relaciones sociales, del compromiso político y de la cultura. El sarmiento arraigado en la vid que es Cristo, da fruto en cada sector de su actividad y de su existencia»[48]. Es tal la semejanza entre los dos textos que acabamos de citar, que se puede conjeturar de modo razonable un influjo del primero sobre el segundo.

47. *Conversaciones con Mons. Escrivá de Balaguer*, Madrid [18]1996, n. 114.
48. Cfl, 59/2.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

4. Dinamismo de la unidad de vida

Para vivir la unidad de vida no basta ser conscientes de su fundamento cristológico: cada cristiano debe además incorporar este fundamento a su propia vida espiritual. Esto significa que para lograr la unidad de vida hay que llegar a vivir la misma vida de Cristo, que por la gracia vive en el cristiano, como afirma el Fundador del Opus Dei: «*Cristo vive en el cristiano*. La fe nos dice que el hombre, en estado de gracia, está *endiosado* (...) La divinización redunda en todo el hombre como un anticipo de la resurrección gloriosa. *Cristo ha resucitado de entre los muertos y ha venido a ser como las primicias de los difuntos: porque así como por un hombre vino la muerte, por un hombre debe venir la resurrección de los muertos. Que así como en Adán mueren todos, así en Cristo todos serán vivificados* (1 Cor 15, 20s.). La vida de Cristo es vida nuestra, según lo que prometiera a sus Apóstoles, el día de la Última Cena: *Cualquiera que me ama, observará mis mandamientos, y mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos mansión dentro de él* (Jn 14, 23). El cristiano debe —por tanto— vivir según la vida de Cristo, haciendo suyos los sentimientos de Cristo, de manera que pueda exclamar con San Pablo, *non vivo ego, vivit vero in me Christus*, no soy yo el que vive, sino que Cristo vive en mí (Gal 2, 20)»[49].

De este modo, la unidad de vida se configura como una realidad dinámica: por un lado es un don, porque con el Bautismo, el cristiano recibe una identificación ontológica con Cristo[50]. Por otro lado, es una tarea, ya que el cristiano debe corresponder a esa configuración inicial con Cristo mediante su lucha personal y su docilidad a la gracia, hasta llegar a vivir su misma vida, esto es, a identificarse existencialmente de modo pleno con Él. El Beato Josemaría Escrivá expresaba esta realidad con el binomio terminológico *alter Christus, ipse Christus*[51]. El cristiano, revestido de Cristo en el Bautismo, es su imagen, es *alter Christus,* pero esta imagen ha de llegar a plenitud en la existencia del cristiano: «En la vida espiritual no hay una nueva época a la que llegar. Ya está todo dado en Cristo, que murió, y resucitó, y vive y permanece siempre. Pero hay que unirse a Él por la fe, dejando que su vida se manifieste en nosotros, de manera que pueda decir-

49. *Es Cristo que pasa*, cit., 103.

50. Así lo afirma explícitamente San Agustín; «¡Alegrémonos y demos gracias: hemos sido hechos no solamente cristianos, sino Cristo! (...) ¡Pasmaos y alegraos: hemos sido hechos Cristo!» (*In Ioann. Evang. tract.*, 21, 8: CCSL 36, 216).

51. Para un estudio detallado de estas dos expresiones en las enseñanzas del Fundador del Opus Dei, véase: A. Aranda, *El cristiano «alter Christus, ipse Christus», en el pensamiento del Beato Josemaría Escrivá de Balaguer*, en AA.VV., *Santidad y mundo. Estudios en torno a las enseñanzas del Beato Josemaría Escrivá*, cit., pp. 129-187.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

se que cada cristiano es no ya *alter Christus*, sino *ipse Christus*, ¡el mismo Cristo!»[52]. Éste es el camino que el Fundador del Opus Dei enseña para alcanzar la unidad de vida: «Cuando luchamos por ser verdaderamente *ipse Christus*, el mismo Cristo, entonces en la propia vida se entrelaza lo humano con lo divino»[53]. Por ello se ha podido afirmar con justeza: «Estos términos: *alter Christus*, *ipse Christus*, frecuentísimos y casi como un *leit motiv* en su obras, constituyen, sin duda, la clave interpretativa de la unidad de vida que estudiamos»[54].

Por otra parte, la unidad de vida es don y tarea al mismo tiempo, porque su dinamismo es el dinamismo de la caridad. En efecto, la unidad de vida es resultado de la unidad de fin que proviene del ejercicio de la caridad teologal, porque «objetivamente, sólo Dios es el fin último del hombre. De ahí que sólo el amor a Dios sea capaz de unificar la totalidad de la vida humana, con sus múltiples y diversas manifestaciones», y esto es debido a que el amor de Dios es «congregativus, in quantum affectus hominis a multis ducit in unum»[55]. De ahí que la plenitud de la caridad implica totalidad, de tal forma que ningún aspecto de la vida cristiana puede permanecer al margen de su dinamismo. Por ello, la unidad de vida se identifica existencialmente con una caridad plena, intensa y profunda, que ordena a Dios como causa final todos los actos humanos. La unidad de vida es, en definitiva, la realización del primer y gran mandamiento en la vida del cristiano: «Maestro, ¿cuál es el gran mandamiento de la Ley? Él le dijo: *Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente.* Éste es el gran mandamiento y el primero»[56]. Cuando se ama a Dios así se consigue la unidad de vida, que es un don desde el momento que en el Bautismo hemos recibido la virtud teologal de la caridad para amar a Dios de esa manera, y una tarea, porque esta ordenación de las cosas a Dios ha de lograrse poco a poco y realizarse durante la entera existencia humana.

5. Epílogo

Como decíamos anteriormente, no aspirábamos en absoluto a realizar un estudio completo sobre la noción de la unidad de vida. Nos hemos limitado a mostrar el carácter de pionero eclesial del Beato Josemaría Escrivá en la unidad de vida cristiana, al indicar algunos ras-

52. *Es Cristo que pasa*, cit., 104.
53. *Vía Crucis*, 10.ª Estación, punto de meditación, n. 5.
54. P. Rodríguez, *Vocación. Trabajo. Contemplación*, cit., p. 216.
55. Santo Tomás de Aquino, *Summa Theologiae*, I-II, q. 73, a. 1, ad 3.
56. Mt 22, 36-38; cfr. Dt 6, 4-7.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

gos esenciales de esta noción en su doctrina espiritual y mediante una comparación de algunos de estos rasgos con las enseñanzas de la Exhortación apostólica post-sinodal *Christifideles laici*.

En nuestro estudio hemos puesto de relieve que, tanto el Beato Josemaría Escrivá como *Christifideles laici*, enseñan que la unidad de vida es una noción que reviste una excepcional importancia para los fieles laicos, ya que constituye una condición indispensable para que éstos puedan alcanzar la santidad y ejercer el apostolado en medio del mundo.

Otro punto de coincidencia entre las enseñanzas del Beato Josemaría Escrivá y las de *Christifideles laici* consiste en el fundamento cristológico de la unidad de vida, en la plena revelación efectuada mediante la Encarnación del Verbo, del designio salvífico unitario de Dios, es decir, la perfecta armonía y continuidad entre Creación y Redención en la economía divina, de tal modo que por el hecho de que Jesucristo, con su Encarnación y su vida terrena santificó todas la realidades humanas nobles, y nos enseñó a santificarlas, sabemos que toda actividad secular honesta puede ser medio o instrumento de santificación para el cristiano que vive en medio del mundo.

Finalmente, también hemos visto que, tanto el Fundador del Opus Dei como *Christifideles laici*, ponen en guardia de modo enérgico al fiel laico contra el peligro de llevar una doble vida, con dos grandes compartimentos estancos: por un lado la vida de relación con Dios, y por otro la vida ordinaria, constituida por las múltiples actividades seculares que desarrolla un cristiano en medio del mundo.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei